

bló en una voz alta que todos lo oyeron, diciendo: «Aunque Amadís como doncella allí á aquella prueba la traje, cierto no es sino dueña, é fué por aquel que dió causa á que ella el tocado de las flores ganase, por le tan afincadamente amar, é sabed que es natural del señorío del Rey é vuestro, é de parte de su madre no es desta tierra; y en este señorío hace su morada, y está bien heredada en él; é si algo le falta, es no tener á su voluntad á aquel que tanto ama; como querria; é no vos diré mas de su hacienda, ni Dios quiera que por mí se descubran las cosas que á otros conviene que encobiertas sean; é quien conocerla quisiera, búsquela en el señorío del Rey, donde su afán será perdido.» A Oriana se le aseogó el corazón, é á todas las otras. La Reina le dijo: «Creo lo que decís, pero tanto como antes dello sé, sino que, pensando ser doncella, decís que es dueña.—Esto basta sin que dello más sepais, dijo Urganda, pues que, honrando vuestra corte, mostró su gran lealtad.»

Con esto que Oriana oyó fué aseogada de su alteración, é todas las otras. Con esto se fueron á comer, que aderezado lo tenían, como en casa donde siempre lo acostumbra hacer. Urganda pidió á la Reina que la dejase aposentarse con Oriana é con la reina Briolanja. «Así sea, dijo la Reina; mas entiendo que sus locuras os enojarán.—Mas enojo farán, dijo Urganda, sus hermosuras á los caballeros que dellas no se guardaren; que contra ellas no bastará esfuerzo ni valentía ni discreción para les excusar el peligro mas grave que la muerte.» La Reina le dijo riendo: «Entiendo que ligeramente les serán perdonados los caballeros que hasta agora han atormentado é muerto.» Urganda hobo mucho placer de lo que la Reina dijo; é despedida della, se fué con Oriana á su aposentamiento, que era una cuadra en que cuatro camas habia; una de la reina Briolanja, é otra de Oriana, é otra de Mabilia, é la otra para Urganda. Allí holgaron hablando en muchas cosas que placer les daban fasta que se acostaron. Mas despues que todas dormían, Urganda vió cómo Oriana despierta éstaba é dijole: «Amiga é señora, si vos no dormís, razón hay que os despierte aquel que nunca sin vuestra vista sueño ni holganza hobo, é así van las folganzas unas por otras.» Oriana hobo vergüenza de aquello que le decia; mas Urganda, que lo entendió, dijole: «Mi Señora, no temais de mí porque yo vuestros secretos sepa, que así como vos los guardaré; é si algo dijere, será tan encubierto, que cuando sabido se haya, el peligro dello no podrá dañar.» Oriana le dijo: «Señora, hablad paso, porque destas señoras que aquí están oído no sea.» Urganda dijo: «Dese miedo yo os quitaré.» Entonces sacó un libro tan pequeño, que en la mano se encerraba, é hizole poner allí la mano, é comenzó á leer en él, é dijo: «Agora sabed que por cosa que les hagan no despertarán, é si alguna aquí entrare, luego en el suelo caerá dormida.» Oriana se fué á la reina Briolanja é quisola despertar, mas no pudo, é comenzó á reír, trabándola de la cabeza é de los brazos é colgándola de la cama, é otro tanto á Mabilia, mas ni por eso despertaron, é llamó á la doncella de Donamarca, que á la puerta de la cuadra estaba, é como dentro entró cayó dormiendo.

Entonces con mucho placer se fué á echar con Urganda en su cama, é dijole: «Señora, mucho os ruego que, pues vuestra gran discreción é saber alcanza las cosas por venir, me digais algo de aquello que á mí acaecer podría antes que venga.» Urganda la miró riendo, como en desden, é dijo: «Mi hija amada, ¿vos cuidais que sabiendo lo que pedís, si de vuestro daño fuese, que lo fuiríades? No lo creais, que lo que es por aquel muy alto Señor permitido é ordenado, ninguno es poderoso de lo estorbar, así bien como del mal, si él no lo remedia; mas, pues que tanto sabor habeis que algo os diga, así lo haré, é mirad si sabiéndolo haréis algo de vuestra pro.» Entonces le dijo: «En aquel tiempo que la gran cuita presente te será, é por tí muchas gentes de gran tristeza atormentados, saldrá el fuerte leon con sus bestias, é de los sus grandes bramidos los tus aguardadores asombrados, serás dejada en las sus muy fuertes uñas; y el afamado leon derribará de la tu cabeza la alta corona, que más no será tuya, y el leon fambriento será de la tu carne apoderado; así que, la meterá en las sus cuevas, con que la su rabiosa hambre amansada será. Agora, mi buena hija, mira lo que farás; que esto así ha de venir.—Señora, dijo Oriana, muy contenta fuera en no os haber preguntado nada, pues que en tan gran pavor me habeis puesto con tan extraño é cruel fin.—Señora y hermosa hija, dijo ella, no querais vos saber aquello que ni vuestra discreción ni fuerza son para lo estorbar bastantes, pero de las cosas encobiertas muchas veces las personas temen aquello que de alegrar se debían, y en tanto sed vos muy leda; que Dios os ha fecho hija del mejor rey é reina del mundo, con tanta fermosura, que por maravilla es en todas partes divulgada, é vos fizo amar á aquel que sobre todos los que honra é prez tienen é procuran luce, como el dia sobre las tinieblas; del cual, segun las cosas pasadas é por vos vistas, sin duda podeis segura estar de ser vos aquella que mas que á su propia vida ama; desto debeis, mi señora, recibir gran gloria en ser señora sobre aquel que por su merecimiento, del mundo todo merecia ser señor; é agora es ya tiempo que estas señoras despertadas sean.» Entonces sacando el libro de la cuadra, todas fueron en su acuerdo. Así como ois holgó allí Urganda, siendo muy viciosa de lo que menester habia, y en cabo de algunos dias rogó al Rey que mandase juntar todos sus caballeros, é la Reida sus dueñas é doncellas, porque les queria hablar antes que se partiese.

Esto se fizo luego en una grande y hermosa sala ricamente guarnida, y Urganda se puso en lugar donde todos oirla podiesen. Entonces dijo al Rey: «Señor, pues que las cartas que vos envié á vos é á don Galaor guardastes al tiempo que de vos se partió Beltenebros, habiendo el espada ganado, é la su doncella el tocado de las flores, ruégoos mucho que las hagais aquí traer, porque claramente se conozca haber yo sabido las cosas antes que viniesen.» El Rey las fizo traer é leer á todos, é vieron cómo todo aquello que en ellas se dijera se habia enteramente cumplido, de que muy maravillados fueron; é mucho mas del gran esfuerzo del Rey en haber osado sobre palabras tan temerosas entrar en la batalla; é allí vieron cómo por los tres golpes que Bel-

tenebros hizo fué la batalla vencida. El primero, cuando ante los piés de don Galaor derribó al rey Cildadan; el segundo, cuando mató á aquel muy esforzado Sarmadan el leon; el tercero, cuando socorrió al Rey que Mandanfabul el bravo gigante de la torre Bermeja lo llevaba so el brazo á se meter en las naos, y le cortó el brazo cabe el codo, de que socorrido el Rey, el Gigante fué muerto. Tambien se cumplió lo que de don Galaor dijo, que su cabeza seria puesta en poder de aquel que aquellos tres golpes haria. Esto fué cuando Amadís en su regalo lo tovo como muerto al tiempo que á las doncellas que gelo demandaron lo entregó; mas agora, dijo Urganda, os quiero decir algunas cosas de las que por venir están, segun los tiempos unos en pos de otros vinieren.» E dijo así: «Contienda se levantará entre el gran culebro y el fuerte leon, en que muchas animalias bravas ayuntadas serán. Grande ira é saña les sobrevená; así que, muchas dellas la cruel muerte padecerán; ferido será el gran raposo romano de la uña del fuerte leon, é cruelmente despedazada la su pelleja, por donde parte del gran culebro será en gran cuita. Aquella sazón la oveja mansa cubierta de lana negra entre ellos será puesta, é con la su grande homildad é amorosos halagos amansará la rigurosa braveza de sus fuertes corazones, é apartará los unos de los otros; mas luego decenderán los lobos hambrientos de las ásperas montañas, contra el gran culebro, é siendo dellos vencido con todas sus animalias, encerrado será en una de las sus cuevas; y el tierno unicornio, poniendo la su boca en las orejas del fuerte leon, con los sus bramidos le fará del gran sueño despertar, é haciéndole tomar consigo algunas de las sus bravas animalias, con paso muy apresurado será en el socorro del gran culebro puesto, é fallarlo ha mordido é adentellado de los fambrientos lobos; así que, mucha de la su sangre por entre las sus fuertes conchas derramada será, é sacándolo de las sus rabiosas bocas, todos los lobos serán despedazados é mal trechos, é siendo restituida la vida del gran culebro, lanzando de sus entrañas toda la su ponzoña, consentirá ser puesta en las crueles uñas del leon la blanca cervatilla que en la temerosa selva, dando contra el cielo los piadosos balidos, estará retraida. Agora, buen Rey, fazlo escribir, que así todo averná.» El Rey dijo que así lo faria; pero que por entonces no entendia nada dello. «Pues tiempo verná, dijo ella, que á todos será muy manifesto.» Y Urganda miró á Amadís, é viole estar pensando, é dijole: «Amadís, ¿qué piensas en lo que nada te aprovecha? déjate dello, é piensa un mercado que has agora de hacer. En aquel punto á la muerte serás llegado por la ajena vida, é por la ajena sangre darás la tuya; é de aquel mercado siendo tuyo el martirio, de otro será la ganancia, y el galardón que dende habrás será saña é alongamiento de tu voluntad, y esa tu aguda é rica espada trastornará los tus huesos é tu carne; en tal manera, que serás en gran pobreza de la tu sangre, y serás en tal estado, que si la mitad del mundo tuyo fuese lo darías en tal que ella quebrada fuese ó echada en algun lago donde nunca se cobrase; y agora cata que harás que todo así como digo averná.»

Amadís, veyendo que todos en él los ojos tenían puestos, dijo con semblante alegre, así como lo él tenia:

«Señora, por las cosas pasadas de vos dichas, podemos creer esta presente cosa ser verdadera; é como yo tengo creído ser mortal, é no poder alcanzar mas vida de la que á Dios ploguiere, mas es mi cuidado en dar fin justamente en las grandes é graves cosas, donde honra é fama se gana, que en sostener la vida; así que, si yo hobiese de temer las espantosas cosas, con mas razón lo faria en las presentes que de cada dia me ocurren que en las ocultas que por venir están.» Urganda dijo: «Tan gran trabajo seria pensar quitar el gran esfuerzo dese vuestro corazón, como sacar toda el agua de la gran mar.» Entonces dijo el Rey: «Señor, yo me quiero ir; acuérdeseos de lo que ante vos dije, como quien vuestra honra é servicio desea; cerrad las orejas á todos, é mas á aquellos en quien malas obras sintiérdes.» Con esto se despidió de todos, é con sus cuatro compañeros, sin querer que otros algunos la acompañasen, se fué á su nave, la cual entrada en la alta mar, de una gran tiniebla fué cubierta.

CAPITULO XVIII.

De la batalla muy peligrosa que hobo Amadís con Ardan Canileo, y cuenta la razón por qué se hizo la dicha batalla, é cómo se aplazó ante el rey Lisuarte é la Reina entre Amadís é una doncella gigante que vino á la corte por parte de la gigante Gromadaza é de Madasima é de Ardan Canileo, é del fin que hobo la dicha batalla.

Partida Urganda, como habeis oido, pasando algunos dias, andando el rey Lisuarte por el campo hablando con sus caballeros en la pasada que hacer queria á la insola de Mongaza, donde era el Lago Ferviente, para sacar de la prisión al rey Arban de Norgales é Angriote de Estravaus, vieron por la mar venir una nao que al puerto de aquella villa á desembarcar venia, é luego se fué allá por saber quién venia en ella. Cuando el Rey llegó venia ya en un batel una doncella é dos escuderos, é como á la tierra llegaron, la doncella se levantó, é preguntó si era allí el rey Lisuarte, dijéronle que sí; mas mucho fueron todos maravillados de su grandeza, que en toda la corte no habia caballero que con un gran palmo á ella igualase, é todas sus faciones é miembros eran á razón de su altura, y era asaz fermosa é ricamente vestida, é dijo al Rey: «Señor, yo os trayo un mensaje, é si os ploguiere, decirlo he ante la Reina.—Así se haga,» dijo el Rey; é yéndose á su palacio, la doncella se fué tras él. Estando pues ante la Reina é ante todos los caballeros é mujeres de la corte, la doncella preguntó si era allí Amadís de Gaula, aquel que de antes Beltenebros se llamaba. El respondió é dijo: «Buena doncella, yo soy.» Ella lo miró de mal semblante é dijo: «Bien puede ser que vos seais, mas agora parecerá si sois tan bueno como sois loado.» Entonces sacó dos cartas, que los sellos de oro traian, é la una dió al Rey é la otra á la Reina, las cuales eran de creencia.

El Rey dijo: «Doncella, decid lo que quisiérdes; que oir vos hemos.» La doncella dijo: «Señor, Gromadaza, la gigante del Lago Ferviente, é la muy hermosa Madasima, é Ardan Canileo el Dudado, que para las defender con ellas está, han sabido cómo quereis ir sobre su tierra para la tomar; é porque esto no se podria hacer sin gran pérdida de gente, dicen así que lo porrán en juicio de una batalla en esta guisa: que Ardan

Canileo se combatirá con Amadís de Gaula, é si lo venciere ó matare, que quedando la tierra libre, le dejen llevar su cabeza al Lago Ferviente; é si él vencido ó muerto fuere, que darán toda su tierra á vos, Señor, é soltarán al rey Arban de Norgales, é á Angriote de Estravaus, que presos tienen, los cuales serán luego traídos aquí; é si Amadís tanto los ama como ellos piensan, é quiere hacer verdadera la esperanza que en él tienen, otorgue la batalla por librar tales dos amigos; é si él fuere vencido ó muerto, llévelos Ardan Canileo, é si otorgar no la quiere, luego delante se verá cortadas sus cabezas.—Buena doncella, dijo Amadís, si yo la batalla otorgo, ¿por dónde será el Rey cierto que se cumplirá eso que decis?—Yo os lo diré, dijo ella: la hermosa Madasima con doce doncellas de gran cuento entrará en prision en poder de la Reina, en seguridad que se cumplirá ó les corten las cabezas, y de vos no quiere otra seguridad sino que si muerto fuédes, que levará vuestra cabeza, dejándola ir segura; é mas farán, que por este pleito entrarán en la prision del rey Andanguel el jayan viejo, con dos hijos suyos é nueve caballeros, los cuales tienen en su poder los presos, é villas é castillos de la insola.» Amadís dijo: «Si á poder del Rey é de la Reina vienen esos que decis, asaz hay de buenas fianzas; mas dígoos que de mí no habréis respuesta si no me otorgais de comer conmigo, y esos escuderos que con vos traéis.—E ¿por qué me convidais? dijo ella; ¿no faceis cordura que todo vuestro afan será perdido, que yo os desamo de muerte?—Buena doncella, dijo Amadís, deso me pesa á mí, porque os yo amo, é haría la honra que pudiese, é si la respuesta quereis, otorgad lo que os digo.» La doncella dijo: «Yo lo otorgo, mas por quitar inconveniente, porque respondais lo que debeis, que por mi voluntad.» Amadís dijo: «Buena doncella, de me yo aventurar por tales dos amigos, é porque el señorío del Rey sea acrecentado, cosa justa es, é por ende yo tomo la batalla. En el nombre de Dios, y vengán esos que decis á se poner en rehenes.—Ciertamente, dijo la doncella, á mi voluntad habeis respondido, é prometa el Rey, si vos quitádes afuera, de nunca vos ayudar contra los parientes de Famongomadan.—Excusada es esa promesa, dijo Amadís; que el Rey no ternia en su compañía al que verdad notoviese, é vamos á comer, que ya tiempo es.—Iré, dijo ella, é mas alegre que yo pensaba; y pues que la virtud del Rey es esa que decis, yo me doy por satisfecha.» E dijo al Rey é á la Reina: «Mañana serán aquí Madasima é sus doncellas, é los caballeros en vuestra prision. Ardan Canileo querrá luego haber la batalla, mas es menester que le asegureis de todos, salvo de Amadís, de quien levará de aquí su cabeza.» Don Bruneo de Bonamar, que allí á la sazón estaba, dijo: «Señora doncella, á las veces piensa alguno levar la cabeza ajena é pierde la suya, é muy ahína así podría avenir á Ardan Canileo.» Amadís le rogó que se callase; mas la doncella dijo contra Bruneo: «¿Quién sois vos, que así por Amadís respondistes?—Yo soy un caballero, dijo él, que muy de grado entraria en la batalla si Ardan Canileo otro compañero consigo meter quisiese.» Ella le dijo: «Destá batalla sois vos excusado; mas si tanto sabor habeis de vos combatir, yo vos daré otro día que la ba-

talla pase un mi hermano que vos responderá, y es tan mortal enemigo de Amadís como vos os mostrais su amigo; y creo, segun él es, que vos quitará de razonar por él otra vez.—Buena doncella, dijo don Bruneo, si vuestro hermano es tal como decis, bien le será menester para llevar adelante lo que vos con saña é gran ira prometiédes, y védes aquí mi gaje, que yo quiero la batalla.» Y tendió la punta del manto contra el Rey, é la doncella quitó de su cabeza una red de plata é dijo al Rey: «Señor, védes aquí el mio; que yo faré verdad lo que he dicho.»

El Rey tomó los gajes, mas no á su placer, que asaz tenia que ver en lo de Amadís é Ardan Canileo, que era tan valiente é tan dudado de todos los del mundo, que cuatro años habia que no falló caballero que con él se osase combatir, si lo conociese. Esto así hecho, Amadís se fué á su posada y llevó consigo la doncella, lo que no debiera facer por el mejor castillo que su padre tenia; é por le hacer mas honra fizola posar en una cámara donde Gandalin le tenia todas sus armas é sus atavíos, é con ella sus dos escuderos. La doncella, mirando á uno é á otro cabo, vió la espada de Amadís, que muy extraña le pareció, é dijo á sus escuderos é á los otros que allí estaban que se saliesen afuera é un poco la dejasen, y pensando que alguna cosa de las naturales que se no pueden excusar facer queria, dejóla sola, y ella, cerrando la puerta, tomó la espada, y dejando la vaina é guarnicion de forma que se no pareciese que de allí faltaba, la metió debajo de un ancho pelote que traia, de talle muy extraño, é abriendo la puerta, entraron los escuderos, y ella puso al uno dellos la espada debajo de su manto, é mandó que encubiertamente se fuese al batel é dijole: «Tráeme la mi copa con que beba.» Y pensaran que por ella fuese; y el escudero así lo hizo. Entonces entraron en la cámara Amadís é Branfil, é ficiéronla asentar en un estrado, é Amadís le dijo: «Señora doncella, decidnos á qué hora verná de mañana Madasima, si vos ploguiere.—Verná, dijo ella, antes de comer; mas ¿por qué lo preguntais?—Buena señora, dijo él, porque la querríamos salir á recibir é facerle todo placer y servicio, é si de mí ha recibido enojo, emendarlo-hi-a en lo que me mandase.—Si vos no tirádes afuera de lo que habeis prometido, dijo ella, y Ardan Canileo es aquel que siempre desdeque tomó armas fué, darle heis por emienda esa vuestra cabeza, que otra enmienda vuestra no puede mucho valer.—Deso me guardaré yo, si puedo; mas si de mí otra cosa le ploguiere, de grado lo faria por alcanzar della perdon; pero habíalo de tratar otro que mas que vos lo desease.»

Con esto se salieron fuera, y dejó ende á Enil é otros que la sirviesen; mas ella habia tanta gana de se ir, que mucho enojo le facian los muchos manjares, é así como los manteles se alzaron, ella se levantó é dijo á Enil: «Caballero, decid á Amadís que me vó, y que crea que todo lo que en mí fizo lo perdió.—Así Dios me salve, dijo Enil, eso creo yo; que, segun vos sois, todo lo que en vuestro placer se ficiere será perdido.—Cualquier que sea, dijo ella, págome poco de vos, y mucho menos dél.—Pues creed, dijo Enil, que de doncella tan desmesurada como vos ni él ni yo

ni otro alguno poco contentar se puede.» Con estas palabras se partió la doncella, y se fué á la nao mucho alegre por la espada que tenia; é contó á Ardan Canileo é á Madasima cómo habia su mensaje recabado, y cómo la batalla aplazada quedaba, y cómo traia seguro del Rey; por ende que sin recelo saliesen en tierra. Ardan Canileo le gradecié mucho lo que habia hecho, é dijo contra Madasima: «Mi señora, no me tengais por caballero si no os fago ir de aquí con honra á vuestra tierra libre; é si ante que un hombre, por ligero que sea, ande media legua no vos diere la cabeza de Amadís, que no me otorgueis vuestro amor.» Ella calló, que no dijo ninguna cosa; que como quiera que la venganza de su padre y hermano desease en aquel que los habia muerto, no habia cosa en el mundo por que á Ardan Canileo se viese junta; que ella era hermosa é noble, y él era feo é muy desemejado y esquivo que se nunca vió; é aquella venida no fué por su grado della, mas por el de su madre por tener á Ardan Canileo para defensa de su tierra; é si él vengase la muerte de su marido é hijo, lo queria casar con Madasima y dejarle toda la tierra; por cuanto este Ardan Canileo fué un caballero señalado en el mundo y de gran prez y fecho de armas.

La historia vos quiere contar de dónde fué natural, é las hechuras de su cuerpo y rostro, é las otras cosas á él tocantes. Sabed que era natural de aquella provincia que Canileo se llama, y era de sangre de gigantes, que allí los hay mas que en otras partes, y no era descomunadamente grande de cuerpo, pero era mas alto que otro hombre que gigante no fuese. Habia sus miembros gruesos é las espaldas anchas y el pescuezo grueso, é los pechos gruesos é cuadrados, é las manos é piernas á razon de lo otro; el rostro habia grande é romo, de la fechura de can, é por esta semejanza le llamaban Canileo; las narices habia romas é anchas, y era todo brasilado é cubierto de pintas negras espesas, de las cuales era sembrado el rostro, é las manos y pescuezo, é habia brava catadura, así como semejanza de leon; los bezos habia gruesos y retornados, é los cabellos crespos, que apenas los podia peinar, é las barbas otrosí; era de edad de treinta é cinco años, y desde los veinte é cinco nunca falló caballero ni gigante, por fuertes que fuesen, que con él pudiesen á manos ni á otra cosa de valentía; mas era tan osado y pesado, que apenas fallaba caballo que lo traer podiese. Esta es la forma que este caballero tenia; é cuando él así como ya oistes estaba prometiendo á la hermosa Madasima la cabeza de Amadís, dijole la desemejada doncella: «Señor, con mucha razon debemos tener esperanza en esta batalla, pues que la fortuna muestra ser de vuestra parte, é contraria á vuestro enemigo; que védes aquí la su preciada espada que vos trayo, y la cual sin gran misterio de vuestra buena ventura y de la gran desventura de Amadís haber no se podiera.» Entonces gela puso en la mano y le dijo cómo la hobiera. Ardan la tomó é dijo: «Mucho vos gradezco este don que me dais, mas por la manera buena que en la haber tovistes, que por temor que yo tenga de la batalla de un solo caballero.» E luego mandó sacar de la nao tiendas, é fizolas armar en una vega que cabe la villa es-

taba, donde se fueron todos con sus caballos é palafrenes é armas de Ardan Canileo, esperando otro dia ser delante del rey Lisuarte y de la reina Brisena, su mujer. Allí andaba Ardan muy alegre por tener aplazada aquella batalla, por dos cosas: la una, que sin duda pensaba llevar la cabeza de Amadís, que tanto por el mundo nombrado era, y que toda aquella gloria en él quedaria; la otra, que por esta muerte ganaba aquella hermosa Madasima, que él tantó amaba, y esto le hacia ser orgulloso é lozano, sin que peligro alguno temiese. Así estovieron en sus tiendas, esperando el mandado del Rey, é tambien Amadís estaba en su posada con muchos caballeros de gran guisa, que siempre con él se acogian, é todos ellos temian mucho aquella batalla, tanto la tenian por peligrosa, é habian recelo de lo perder en ella; y en esta sazón llegaron Agrájes é don Florestan é Galvanes Sin-Tierra é don Guilan el cuidador, que desto ninguna cosa sabian, porque estovieron cazando por las florestas, é cuando sopieron la batalla que concertada estaba, mucho se quejaban porque no la ficiera de mas caballeros, donde con razon ellos podian entrar; y el que mas pasion en ello tenia era don Guilan, que algunas veces oyera decir deste Ardan Canileo el mas fuerte é mas poderoso en armas que ninguno otro que en el mundo fuese; y pesábale de muerte, porque creia que en ninguna manera Amadís le podria sufrir en campo uno por uno, é quisiera él mucho ser en aquella batalla si Ardan otro consigo metiera, é pasar por la aventura que Amadís. E don Florestan, que todo abrasado con saña estaba, dijo: «Si Dios me salve, señor hermano, vos no me teneis en nada ni por caballero, ó me no amais, pues que á tal sazón no tovistes memoria de mí, é bien dais á entender que me no aprovecha aguardaros, pues que en los semejantes peligros me haceis extraño.» E tambien se le quejaba mucho Agrájes é don Galvanes. «Señores, dijo Amadís, no os quejeis ni os pese desto para me dar culpa; que la batalla no se demandó sino á mí solo, é por mi razon es movida; así que, no podia ni debia responder, sin que flaqueza mostrase, sino conforme á su demanda; que si de otra manera fuese, ¿de quién me habia de socorrer é ayudar, sino de vosotros? que el vuestro gran esfuerzo esforzaria el mio cuando en peligro puesto fuese.»

Así como ois se desculpó Amadís de aquellos caballeros, é díjoles: «Bien será que cabalgemos mañana antes que el Rey salga, é recibirémos á Madasima, que muy preciada es de todos los que la conocen.» Así pasaron aquella noche, fablando en lo que mas les agradaba; é la mañana venida, vistieronse de muy ricos paños; é habiendo oido misa, cabalgaron en fermosos palafrenes, é fueron á recibir á Madasima, é con ellos don Bruneo de Bonamar é su hermano Branfil y Enil, que era muy hermoso é apuesto caballero, é alegre de corazon, é por sus buenas maneras é gran esfuerzo muy amado ypreciado de todos; así que, iban ocho compañeros, y llegando cerca de las tiendas, vieron venir á Madasima é á Ardan Canileo é su compañía, é Madasima vestia paños negros por duelo de su padre é su hermano; mas su hermosura era tan viva é tan sobrada, que con ellos parecia tan bien, que á todos fa-

cia maravillar; é cabe ella iban sus doncellas, de aquel mesmo paño vestidas; é Ardan Canileo la traía por la rienda, é allí venía el Gigante viejo é sus hijos é los nueve caballeros que habian de entrar en los rehenes. Llegando aquellos caballeros, homilláronse, y ella se homilló á ellos, al parecer con buen semblante. Amadís se llegó á ella é dijole: «Señora, si sois loada, esto es con gran derecho, según lo que en vos parece, é por dichoso se debe tener el que vuestra conocencia hobiere para os honrar y servir; y de mí os digo que así lo faré en aquello que por vos me fuere mandado.» E Ardan Canileo, que lo miraba, é lo vió tan fermoso, mas que otro ninguno que visto hobiese, no le plogo que con ella fablase, é dijole: «Caballero, tiráos afuera, é no seáis atrevido de hablar á quien no conoceis. — Señor, dijo Amadís, por eso venimos aquí, por la conocer y servir.» Ardan le dijo, como en desden: «Pues agora me decid quién sois, y veré si sois tal que debais servir doncella de tan alto linaje. — Cualquiera que yo sea, dijo Amadís, la serviré yo de grado; é por no valer tanto como me sería menester, no dejo por eso de tener este deseo; é pues que quereis saber quién soy, decidme vos quién sois, que así quereis quitar della á quien de grado fará su mandado.» Ardan Canileo le miró muy sañado é dijole: «Yo soy Ardan Canileo, que la podré mejor servir en un día solo que vos en toda vuestra vida, aunque dos tanto de lo que valeis valiesedes. — Bien puede ser, dijo Amadís; mas bien sé que el vuestro gran servicio no se faría de tan buen corazón como el mio pequeño, según vuestra desmesura é mal talante; é pues que quereis conocer, sabed que yo soy Amadís de Gaula, aquel cuya batalla demandáis; é si yo á esta señora enojo fice y pesar haciendo lo que sin gran vergüenza excusar no podía, muy de grado lo corregiré con otro servicio.» E Ardan Canileo dijo: «Si vos osárdes atender lo que prometistes, cierto habrá por emienda de su enojo esa vuestra cabeza, que le yo daré. — Esa emienda, dijo Amadís, no habrá á mi grado, mas habrá otra mayor y que mas le cumple, que será por mí estorbado el casamiento vuestro é suyo; que no siento hombre de tan poco conocimiento que por bien toviese que la vuestra hermosura é la suya juntas en uno fuesen.»

Desto que él dijo no pesó á Madasima, é rióse ya cuanto, é tambien sus doncellas; mas Ardan se ensañó tanto, que tremia todo, con la gran ira que en sí tomó, é paraba un semblante tan bravo y tan espantoso, que aquellos que tanto no alcanzaban del fecho de las armas que lo miraban, no tenían en nada la fuerza ni valentía de Amadís en comparacion de la suya dél, é sin duda creían que aquella sería la postrimera batalla y el postrimero día de su vida. E así como ois fueron fasta llegar delante del Rey, é Ardan Canileo dijo: «Rey, védes aquí los caballeros que entrarán en vuestra prision por hacer firme lo que la mi doncella prometió, si Amadís osare tener lo que puso.» Amadís salió delante é dijo: «Señor, veisme aquí; que quiero luego la batalla sin mas tardar; é dígovos que aunque la no hobiese prometido, yo la tomaría solamente por desviar á Madasima de tan descomunal casamiento;

mas yo quiero que venga el rey Arban de Norgales é Angriote de Estravaus, y que estén en parte que los haya yo si la batalla venciere.» Ardan Canileo dijo: «Yo los faré venir donde será la batalla; é si llevare vuestra cabeza, que lleve los presos, é tambien llevaré á Madasima é sus doncellas, que sean en guarda de la Reina, que con ellas se cumpla lo que está pleiteado; mas converná que la faga estar donde vea la batalla é la venganza que le yo faré haber.» Pues así como ois fué en poder de la Reina aquella hermosa Madasima é sus doncellas, y en poder del Rey el gigante viejo é sus hijos é los nueve caballeros; pero Madasima os digo que pareció ante la Reina con tanta homildad é discrecion, que, como quiera que de su venida tanto peligro á Amadís ocurría, de que todas habian gran pesar, mucho fueron della contentas, é mucha honra le hicieron; mas Oriana é Mabilia, viendo el bravo continente de Ardan Canileo, mucho fueron espantadas y en gran cuidado é dolor puestas, é muchas lágrimas, retraídas en su cámara, derramaron, creyendo que el gran esfuerzo de Amadís no era bastante contra aquel diablo; é si alguna esperanza tenían, no era sino en la su buena ventura, que de grandes peligros muchas veces le habia sacado en tan graves cosas, que muy poca esperanza se tenía de ser por él ni por otro alguno vencidas; aunque Mabilia siempre con grandes consuelos á Oriana en buena esperanza ponía.

Esto así fecho, é aplazada la batalla para otro día, el Rey mandó á sus monteros é ballesteros que cercasen de cadenas é palos un campo que delante su palacio era, porque por culpa de los caballos los caballeros no perdiesen algo de su honra; lo cual visto dende una finestra por Oriana, considerando el peligro que allí á su amado amigo se le aparejaba, fué tan desmayada, que cuasi sin sentido en los brazos de Mabilia cayó. El Rey se fué á la posada de Amadís, donde muchos caballeros estaban, é dijoles que, pues la Reina é su hija é la reina Briolanja, é todas las otras dueñas é doncellas, aquella noche iban á su capilla porque Dios guardase á aquel su caballero, que lo quería llevar consigo á su palacio, y con él á Florestan é Agrájes é don Galvanes, é Guilan y Enil, y que ellos folgasen así como estaban; é dijo á Amadís que mandase llevar sus armas á la capilla, porque lo quería otro día armar ante la virgen María, porque con su glorioso Hijo abogada le fuese.

Pues ellos yéndose con el Rey, Amadís mandó á Gandalin que las armas le llevase adonde el Rey mandaba; mas él, tomándolas para cumplir su mandado, é no hallando en la vaina la espada, fué tan espantado dello é tan triste, que mas quisiera la muerte, así por acaecer aquello en tiempo de tan gran peligro como por lo tener por señal que la muerte de su señor le era cercana, é buscóla por todas partes, preguntando aquellos que algo della podrian saber; mas cuando ningun recaudo falló, estuvo en punto de se derribar de una finestra abajo en la mar, si á la memoria no le viniera con ello perder el ánima; y fuése al palacio del Rey con gran angustia de su corazón, é apartando á Amadís, le dijo: «Señor, cortadme la cabeza, que vos soy traidor, é si lo no faceis, matarme he yo.» Amadís le

dijo: «¿Dónde enloqueciste, ó qué mala ventura es esta? — Señor, dijo él, mas valdria que yo fuese loco ó muerto que no á tal tiempo hobiese venido tal desdicha; que sabed que he perdido vuestra espada, que de la vaina la furtaron.» Amadís le dijo: «Y ¿por eso te quejas? Pensé que otra cosa peor te aconteciera. Agora te deja dello; que no faltará otra con que Dios me ayude, si le ploguiere.» E como quiera que por le consolar esto le dijo, mucho le pesó de la pérdida de la espada, así por ser una de las mejores del mundo y que tanto en aquella sazón menester la habia, como por la haber ganado con la fuerza de los grandes amores que tenía á su señora; porque veyéndola y desto se le acordando, era muy gran remedio á los sus mortales deseos cuando ausente della se fallaba; é dijo á Gandalin que lo no dijese á ninguno y que la vaina le trajese, y que supiese de la Reina si la espada suya que don Guilan con las otras armas le habia traído, si se podia haber, y que procurase de traerla, y que, si pudiese ver á su señora Oriana, que de su parte le pidiese que cuando él y Ardan Canileo en el campo entrasen se posiese en tal parte que la pudiese ver, porque su vista le faría vencedor en aquello y en otra cosa que muy mas grave fuese. Gandalin fué á recabar esto que su señor le mandó, é la Reina le mandó dar la espada; mas la reina Briolanja é Olinda le dijeron: «¡Ay Gandalin! ¿qué piensas que podrá tu señor hacer contra aquel diablo?» Él les dijo riendo y de buen semblante: «Señoras, no es éste el primero fecho peligroso que mi señor acometió, é así como Dios le guardó fasta aquí, así le guardará agora; que otros muchos mas espantosos, de gran peligro, acabó á su honra, é así lo faré este. — Así plega á Dios,» dijeron ellas.

Estonces se fué para Mabilia, é dijole que dijese á Oriana lo que su señor le enviaba á pedir; é con esto se tornó á la capilla donde sus armas tenía, é dijo á su señor cómo lo dejaba todo á su voluntad; de que hobo mucho placer é gran esfuerzo en saber que su señora estaria en tal parte donde en el campo la pudiese ver. Estonces apartando al Rey de los otros caballeros, le dijo: «Sabed, Señor, que yo he perdido la mi espada, é nunca fasta agora lo supe, y dejáronme la vaina.» Al Rey pesó mucho dello é dijole: «Como quier que yo haya puesto é prometido de nunca dar mi espada á ningun caballero que uno por uno en mi corte se combatesen, darla he agora á vos, acordándoseme de aquellas grandes afrentas que la vuestra en mi servicio puesta fué. — Señor, dijo Amadís, á Dios no plega que yo, que tengo de adelantar é hacer firme vuestra palabra, sea causa de la quebrar, habiéndolo prometido ante tantos hombres buenos.» Al Rey le vinieron las lágrimas á los ojos, é dijo: «Tal sois vos para mantener todo derecho y lealtad; mas ¿qué haréis, pues que aquella tan buena espada haber no se puede? — Aquí tengo, dijo él, aquella con que fui echado en la mar, que don Guilan aquí trajo, é la Reina la mandó guardar; con esta y con vuestro ruego á nuestro Señor, que ante él mucho valdrá, podré yo ser ayudado.» Estonces la puso en la vaina de la otra, é vinole bien, aunque algo era menor. Al Rey le plogo dello, porque llevando la vaina consigo, por la virtud della le quita-

ria de la gran calor é frio; que tal constelacion tenían aquellos huesos de las serpientes de que ella era hecha; pero muy alongada estaba esta espada de la bondad de la otra.

Así pasaron aquel día fasta que fué hora de dormir, que todos aquellos caballeros que oistes tenían sus armas al derredor de la cama del Rey; mas de Ardan Canileo vos digo que aquella noche toda hizo en sus tiendas á toda su gente hacer grandes alegrías é danzar é bailar, tañendo instrumentos de diversas maneras, y en cabo de sus canticas decían todos en voz muy alta: «Llega, mañana, llega é trae el día claro, porque Ardan Canileo cumpla lo que prometido tiene á aquella muy hermosa Madasima.» Mas la fortuna en esto les fué contraria de ser en otra manera que ellos pensado tenían. Amadís dormió aquella noche en la cámara del Rey; mas el sueño que él fizo no le entró en pro, que luego á la media noche se levantó sin decir ninguna cosa y fuése á la capilla, y despertando al capellan, se confesó con él de todos sus pecados, y estovieron entrambos haciendo oracion ante el altar de la Virgen María, rogándole que fuese su abogada en aquella batalla; y el alba venida, levantóse el Rey é aquellos caballeros que oistes, é oyeron misa, é armaron á Amadís tales caballeros que muy bien lo sabian hacer; mas antes que la loriga vistiese llegó Mabilia, y echóle al cuello unas reliquias guarnidas en oro, diciendo que la Reina, su madre della, gelas habia enviado con la doncella de Denamarca; mas no era así, que la reina Elisena las dió á Amadís cuando por su hijo lo conoció, y él las dió á Oriana al tiempo que la quitó á Arcalaus é á los que la levaban. Desque fué armado trajéronle un hermoso caballo que Corisanda con otras donas habia á don Florestan, su amigo, enviado, é don Florestan le llevaba la lanza, é don Guilan el escudo, é don Bruneo el yelmo, y el Rey iba en un gran caballo, é un baston en la mano; é sabed que toda la gente de la corte é de la villa estaban, por ver la batalla, en derredor del campo, é las dueñas é doncellas á las finestras, é la hermosa Oriana é Mabilia á una ventana de su cámara; é con la Reina estaban Briolanja é Madasima é otras infantas. Llegando Amadís al campo, alzaron una cadena y entró dentro, é tomó sus armas, é cuando hobo de poner el yelmo miró á su señora Oriana, é vinole tan gran esfuerzo, que le semejó que en el mundo no habia cosa tan fuerte que se le pudiese amparar.

Estonces entraron en el campo los jueces que á cada uno su derecho habian de dar; y eran tres: el uno aquel buen viejo don Grumedan, que desto mucho sabia, é don Cuadrangate, que vasallo del Rey era, é Brandobas. Estonces llegó Ardan Canileo, bien armado, encima de un gran caballo é su loriga de muy gruesa malla; é traía un escudo é yelmo de un acero tan limpio é tan claro como un claro espejo, y ceñida la muy buena espada de Amadís, que la doncella le furtara, é una gruesa lanza, doblegándola tan recio, que parecia que la quería quebrar; é así entró en el campo. Cuando así lo vió Oriana, dijo con gran cuita: «¡Ay mis amigas, qué airada y temerosa viene la mi muerte, si Dios por la su gran piedad no lo remedia! — Señora, dijo Ma-

bilia, dejáos deso y faced buen semblante, porque con él deis esfuerzo á vuestro amigo.» Entonces don Grumedan tomó á Amadís é púsolo á un cabo del campo, é Brandoibas puso al otro á Ardan Canileo, puestos los rostros de los caballos uno contra otro, é don Cuadragante en medio, que tenia en su mano una trompa que al tañer della habian los caballeros de mover. Amadís, que á su señora miraba, dijo en alta voz: «¿Qué face Cuadragante, que no tañe la trompa?» Cuadragante la tañó luego; é los caballeros movieron á gran correr de los caballos, é firieronse de las lanzas en sus escudos tan bravamente, que ligeramente fueron quebradas, é topáronse uno con otro; así que, el caballo de Ardan Canileo cayó sobre el pescuezo é fué luego muerto, y el de Amadís hobo la una espalda quebrada, é no se pudo levantar; mas Amadís, con la su gran viveza de corazon, se levantó luego, empero á gran afan, que un trozo de la lanza tenia metido por el escudo y por la manga de la loriga, sin le tocar en la carne; é sacándolo dél, metió mano á su espada é fué contra Ardan Canileo, que se habia levantado con gran trabajo y estaba enderezando su yelmo, é cuando así lo vió puso mano á su espada, é fuéronse á ferir tan bravamente, que no ha hombre que los viese que se mucho no espantase, que sus golpes eran tan fuertes é tan apriesa, que las llamas de fuego de los yelmos y de las espadas facian salir, que semejaba que ardian; pero mucho mas esto parecia en el escudo de Ardan Canileo, que, como de acero fuese, y los golpes de Amadís tan pesados, no parecia sino que el escudo é brazo en vivas llamas se quemaba; mas la su gran fortaleza defendia las carnes que cortadas no fuesen, lo cual era mortal daño de Amadís, que como sus armas tan recias no fuesen, é Ardan tenia una de las mejores espadas del mundo, nunca golpe le alcanzaba que las armas y la carne no le cortase; así que, en muchas partes andaba teñido de la su sangre, é todo el escudo cuasi desfecho; é la espada de Amadís no cortaba nada en las armas de Ardan Canileo, que eran muy fuertes; mas aunque la loriga de gruesa y fuerte malla era, ya estaba rota por mas de diez lugares, que por todos ellos le salia mucha sangre, é lo que aquella hora á Amadís mas aprovechaba era su gran ligereza, que con ella todos los mas golpes le facia perder, aunque Ardan habia mucho usado de aquel menester, é gran sabidor de herir de espada fuese. En tal priesa, como oides, andovieron, dándose muy grandes y esquivos golpes fasta hora de tercia, trabándose á manos é á brazos tan duramente, que Ardan Canileo era metido en gran espanto; que nunca él fallara tan fuerte caballero ni tan valiente gigante que tanto á la su valentia resistiese; é lo que mas su batalla le facia dudar era que siempre á su enemigo fallaba mas ligero é con mayor fuerza que al comienzo, siendo él cansado é laso é todo lleno de sangre. Estonces conoció bien Madasima que fallecia de lo que prometiera, que habia de vencer á Amadís en menos que media legua se andoviese, de lo cual á ella no pesaba, ni aun que allí Ardan Canileo la cabeza perdiese; porque su pensamiento tan alto era, que mas queria perder toda su tierra que se ver junta al casamiento de tal hombre.

Los caballeros se ferian de muy grandes é fuertes golpes por todas las partes donde mas mal se podian facer; é cada uno dellos punaba de llegar al otro á la muerte; é si Amadís tan fuertes armas trajera, segun su gran viveza é lo que el aliento le duraba, no le podiera el otro tener campo; pero todo lo que él facia é trabajaba le era bien menester, que lo habia con muy fuerte y esquivo caballero en armas; mas, como ya él todas sus armas trajese rotas y el escudo desfecho, é la carne por muchos lugares cortada, donde mucha sangre le salia, cuando Oriana así lo vió, no gelo pudiendo sufrir el corazon, quitóse con gran angustia de la ventana, y sentada en el suelo, se firió con sus manos en él, pensando que á su amigo Amadís se le acercaba la muerte. Mabilia, que así la vió ferir, de corazon le pesó, é hizola tornar allí, mostrándole gran saña, diciéndole que á tal hora é á tal peligro no debia desamparar á su amigo; é porque no podia sufrir de lo ver tan mal trecho, púsese de espaldas, porque viese los sus muy hermosos cabellos, porque mas esfuerzo é ardimento su amigo tomase. Ellos estando en esta sazón, dijo Brandoibas, que era uno de los jueces: «Mucho me pesa de Amadís, que le veo muy menguado de sus armas y de su escudo.—Así me parece, dijo Grumedan, de que gran pesar tengo.—Señores, dijo Cuadragante, yo tengo probado á Amadís cuando con él me combatí por tan valiente é con tanto ardimento, que siempre parece que la fuerza se le dobla, y es el caballero de cuantos yo vi que mejor se sabe mantener y de mas aliento, y véole agora en toda su fuerza entera; lo que no es en Ardan Canileo, antes siempre enflaquece; é si algo daña á Amadís, no es al, salvo la gran priesa que se da, que si se sofriese faria andar tras sí á su contrario, é la su gran pesadumbre lo cansaria; pero la su gran ardidez no le deja asosegar.» Oriana é Mabilia, que esto oyeron, mucho fueron consoladas. Mas Amadís, que á su señora viera quitar de la ventana, y despues allá no habia mirado, pensó que por duelo dél lo habia fecho; fué con gran saña contra Ardan Canileo, é apretó la espada en la mano, é firióle de toda su fuerza por encima del yelmo de tan fuerte golpe, que le atordeció, é fincó la una rodilla en el suelo; é como el golpe fué tan grande, y el yelmo tan fuerte, quebrantó la espada en tres partes; así que, la mas pequeña le quedó en la mano. Estonces fué él en todo pavor de muerte, é así lo fueron todos lo que miraban.

Cuando esto Ardan Canileo vió arredróse dél por el campo, é tomó el escudo por las embrazaduras, y esgrimiendo la espada, dió una gran voz, que todos lo oyeron, é dijo á Amadís: «Ves aquí la tan buena espada que por tu mal ganaste. Cátala bien; que esta es é con ella morirás.» E luego dió grandes voces: «Salid, salid á la finiestra, señora Madasima, y verédes la hermosa venganza que yo vos daré, é cómo por mi proeza os he ganado en tal forma que ninguna otra tal amigo como vos teneis terná.» Cuando esto oyó Madasima fué muy triste, y echóse ante los piés de la Reina, é pidióle merced que dél la defendiese, lo que con mucha razon se podia facer, que Ardan le prometiera de matar ó vencer á Amadís antes que por un hombre

media legua andada fuese, é si lo no ficiese, que nunca le otorgase su amor; pues si aquel tiempo era pasado con mas de cuatro horas, que ella lo podia ver; é la Reina dijo: «Yo oyo lo que decis, é faré lo que justo fuere.» Amadís cuando así se vió las armas fechas pedazos é sin espada, vínole en mientes lo que Urganda le dijera, que daria la meitad del mundo, seyendo suyo, porque la su espada echada fuese en un lago, é miró á la ventana donde Oriana estaba, é viéndola de espaldas, bien conoció que su contraria fortuna dél lo causara, y crecióle tan grande esfuerzo, que puso en toda aventura su vida, queriendo mas morir que dejar de facer lo que podia; é fué contra Ardan Canileo como si estoviese guisado de lo ferir, é Ardan alzó la espada é atendiólo, é como llegó quisole ferir; mas Amadís furtó el cuerpo, é fizole perder el golpe, é juntó tan presto con él, sin que el otro pudiese meter en medio la espada, é trabóle del brocal del escudo tan recio, que gelo levó del brazo, é hobiera dado con él en el suelo, y desvíose dél y abrazó el escudo é tomó un pedazo de la una lanza que delante sí falló con el fierro, é tornó luego contra Ardan bien cubierto de su escudo; é Ardan, que con gran saña estaba porque así el escudo perdiera, fué por él, y pensóle ferir por cima del yelmo. Amadís alzó el escudo y recibió en él el golpe, é aunque muy fuerte era y de fino acero, entró la espada por el brocal bien tres dedos, é Amadís le firió con el pedazo de la lanza en el brazo derecho á par de la mano, que la meitad del fierro le metió por entre las cañas, é fizole perder la fuerza en tal guiso, que no pudiendo sacar la espada, la llevó Amadís en el escudo; é si desto fué muy alegre é contento no es de preguntar ni de decir; así que, estonces echó muy á lueñe de sí el trozo de la lanza, é sacó la espada del escudo, gradeciendo mucho á Dios aquella merced que le hizo. Mabilia, que lo miraba, dió de las manos á Oriana é fizola volver porque viese á su amigo alcanzar aquella gran vitoria sobre el peligro tan grande en que á la hora habia estado.

Pues Amadís se fué para Ardan Canileo, el cual fué luego enflaquecido en ver así su muerte, y pensando no fallar guarida ni remedio, quiso tomar el escudo á Amadís, como él gelo habia tomado, mas el otro, que cerca de sí lo vió, dióle un golpe por cima del hombro izquierdo en tal manera, que le cortó las armas é gran parte de la carne y de los huesos, é como vió que habia perdido la fuerza del brazo, desvíose por el campo, con el gran miedo que á la espada tenia; mas Amadís andaba tras él; y desde lo vió cansado y desacordado, trabóle por el yelmo tan reciamente, que lo hizo á sus piés caer y levó el yelmo en sus manos, é fué luego sobre él de rodillas, é cortándole la cabeza, puso gran alegría en todos, especial en el rey Arban de Norgales é Angriote de Estravaus, que muchas angustias é dolores habian pasado cuando vieron á Amadís en el estrecho que ya oistes. Esto así hecho, tomó Amadís la cabeza y echóla fuera del campo, y levó rastrando el cuerpo fasta una peña, que dió con él en la mar, é alimpiando la espada de la sangre, la metió en la vaina, é luego el Rey le mandó dar un caballo, en que, ferido de muchas llagas y perdida mucha sangre, acom-

pañado de muchos caballeros, á su posada se fué; pero antes hizo sacar de las crueles prisiones al rey Arban de Norgales é Angriote de Estravaus, é los llevó consigo, y enviando al rey Arban de Norgales á la reina Brisena, su tia, que gelo envió á demandar, en su cámara dél, teniendo aquel su leal amigo Angriote, en uno fueron curados Amadís de sus llagas, que muchas tenia, é Angriote de los azotes é otras feridas que en la prision le dieron. Allí fueron visitados con mucho amor de los caballeros é dueñas é doncellas de la corte, é Amadís de su cohermana Mabilia, que le traia aquella verdadera melecina con que su corazon podiese enviar á los otros menores males seyendo él esforzado, la salud que para su reparo le convenia.

CAPITULO XIX.

Cómo se hizo la batalla entre don Bruneo de Bonamar é Madaman el envidioso, hermano de la doncella desemejada, y del levantamiento que ficeron con envidia á estos caballeros amigos de Amadís, por lo cual Amadís se despidió de la corte é del rey Lisuarte.

Pasada esta batalla de Amadís é Ardan Canileo, como ya oistes, luego otro dia pareció ante el Rey don Bruneo de Bonamar, é con él muchos buenos caballeros, de quien amado ypreciado era, é halló allí á la doncella desemejada, que estaba diciendo al Rey que su hermano estaba aparejado para la batalla, que mandase venir á aquel con quien habia de combatir; é como quiera que la venganza fecha en él poca fuese, segun el valor de aquel valiente Ardan Canileo, que pues mas hacer no se podia, con aquella emienda pobre serian algo consolados. Don Bruneo, dejando de responder á aquellas locas palabras, dijo que luego la batalla queria. Así que, luego el uno y otro fueron armados é metidos en el campo, cada uno acompañado de aquellos que le bien querian, aunque diferente fuese; que con don Bruneo fueron muchos é preciados caballeros, é con Madaman el envidioso, que así habia nombre, tres caballeros de su compañía, que las armas le llevaban. É desde los jueces los posieron en aquellos logares que para la batalla les convenia, ellos corrieron contra sí los caballos al mas ir que podieron; de los primeros encuentros que las lanzas quebraron en piezas, Madaman fué fuera de la silla é don Bruneo llevó metida por el escudo una parte de la lanza, que gelo falsó, é le hizo una pequeña herida en el pecho, mas cuando tornó el caballo vió al otro con su espada en la mano á guisa de se defender, é dijole: «Don Bruneo, si tu caballo perder no quieres, descende dél, ó me deja cabalgar en el mio. Esto é lo que quisiédes, dijo don Bruneo, aquello faré.» Madaman, creyendo que á pié mejor que á caballo se podria combatir, segun la grandeza de su cuerpo é la pequenez del otro, dijole: «Pues que en mí lo dejas, decidendé é á pié hayamos la batalla.» E don Bruneo se tiró afuera é decendió del caballo, é comenzaron entre sí una brava batalla; así que, en poco espacio de tiempo sus armas fueron en muchos logares rotas, é sus carnes cortadas, por donde mucha sangre les salia, é los escudos desfechos en los brazos, sembrado el suelo de las rajadas dellos; é cuando así andaban en esta tan gran priesa que ois, acaeció una extraña cosa, por donde parece que en las animalías hay cono-